

González Ferrín, E.: *Cuando fuimos árabes*, Córdoba: Almuzara, 2018, 332 pp.

Alejandro Colete Moya
Universidad de Sevilla

Emilio González Ferrín, con una ya dilatada carrera como ensayista con dos obras ya imprescindibles para el entendimiento del islam como fenómeno histórico (*La angustia de Abraham*) y su relación con nuestra historia (*Historia general de Al Ándalus*), publica un libro con el que continúa su periplo intelectual y que decide llamar *Cuando fuimos árabes*, título que resume con ingeniosa brevedad la esencia de cuanto quiere transmitir. El lector que conozca la polémica en la que se inserta este libro sabrá que debería haberse titulado *Emilio unchained* (Emilio desencadenado).

El texto, efectivamente, es un golpe sobre la mesa en cuanto al formato y al estilo. Un académico de la talla del que nos ocupa es siempre un escolástico esclavo de ciertas formas y maneras, y si bien González Ferrín ya las desafiaba con éxito en sus libros anteriores, en este, por fin, se siente totalmente libre de ellos. En cierta ocasión hace ya tiempo, en una conversación informal con él y Enrique Hiedra, confesaba su ánimo de escribir un libro, como quien dice, al verso libre, sin los rigores académicos que más resultan obstáculos a veces que ayuda a la expresión. Ese libro soñado que contiene lo que su autor piensa sin los rodeos escolásticos que exige la institución, ese libro es el que tiene en las manos el lector que tenga la audacia de sumergirse en el mismo.

La polémica en la que se inserta, como hemos dicho, este libro, no es en absoluto banal, es más bien determinante a la hora de entender y comprender nuestra historia. En este país hemos reducido el recuerdo de Al Ándalus a un trauma del que preferimos no hablar. Los moros estuvieron aquí y los echamos, y ese *echamos*, conjugado en primera del plural, es lo que nos llena de un rancio orgullo y satisfacción. Esta versión de los hechos es la que Olagüe desafiara por primera vez sin éxito, para ser de nuevo puesta en cuestión por Emilio González Ferrín, que recuperando ese sano escepticismo hacia la narración tradicional nos propone una idea mucho más sugerente: Al Ándalus fuimos *nosotros*. La conquista, como relato, fue la excusa para justificar la reconquista, la manera de generar una identidad nacional sobre la que nos asentamos. Esta reivindicación del pasado islámico como *nuestro* pasado, donde el posesivo de la primera del

plural, incluyente, es la verdadera esencia de toda una lucha que dura ya años. Esa lucha no solamente pugna por abandonar el relato obsoleto de la conquista, la historia épica de reconquista y los siglos que mediaron uno y otro, sino que es, y quizás sea lo más importante, una lucha para que el legado intelectual o cultural de Al Ándalus, vastísimo como es, se revalorice y se integre como *nuestro* legado. Lo segundo supera incluso lo primero, y es por lo que, a todas luces, su autor debería ser recordado.

El libro, diviso en cinco partes, es una autobiografía intelectual (partes segunda y tercera) que desemboca sólo al final (parte cuarta) en sus reivindicaciones polémicas, constituyendo las partes primera y quinta una declaración de intenciones y unas «cuotas de autoría» respectivamente. Cuando decía que el autor del libro se liberaba de las formas para abrazar un estilo más personal, me refería precisamente a esta manera de renarrar su visión de Al Ándalus, porque el libro es precisamente eso, una *visión personal*, en contraste con sus dos libros anteriores, que son ensayos de historia más «convencionales». Quien haya visto la serie *Cosmos* (1980) recordará el subtítulo de la serie junto a la música de Vangelis: *a personal voyage* (un viaje personal). No es que quiera igualar ni mucho menos la obra de Sagan con la de González Ferrín, pero sí defender que comparten una cierta manera que es lo que hace de ellas algo memorable: son un periplo personal, son un ver el mundo a través de los ojos de su autor. Y precisamente esa parte de autobiografía intelectual viene a narrar dicho viaje, pero de manera tan integrada con el mensaje, que se convierte en imprescindible para entender la obra. Porque ante los numerosos ataques que ha recibido el autor desde sus colegas historiadores y filólogos por igual, la única manera de defenderse es abrirse uno de par en par. Es ciertamente un viaje apasionante la odisea intelectual vivió el autor para llegar a hacer algo, en realidad, tan sencillo como usar un *nosotros* en lugar de *ellos*. Dicha trayectoria está además animada con un anecdotario riquísimo que mantiene el pulso de la lectura, añadiéndole todo tiempo de emociones, algo muy significativo en una obra de este tipo y que es precisamente una de las cosas que la conecta con ese *Cosmos* de Sagan. Las risas, los llanos, las ilusiones y las decepciones de un estudiante de filología de Granada que recorre medio mundo, trabaja en los lugares más inesperados, para acabar de profesor en Sevilla; las pequeñas joyas de sabiduría, las lecciones que va aprendiendo, cada paso en su evolución como pensador-historiador, los textos que le influyeron, las personas que alteraron para siempre sus ideas...

Hacía falta un libro como este en España, un libro de esta honestidad a la vez con un contenido tan revolucionario a la hora de comprender nuestra historia, unido además a una prosa con un estilo muy definido y ya ejercitado en muchas obras.

Las partes cuarta y quinta, que ya dejan de ser autobiográficas para ser divulgativas, contienen las numerosas revisiones de maneras que

hemos tenido de entender la historia del islam que obedecen de base a su argumento sobre la no-conquista, como se le viene llamando. Dicha argumentación, en su forma más esquemática, viene a construirse así:

La información que tenemos sobre los orígenes del islam debe de ponerse en entredicho, en la medida en que todas las crónicas son asaz tardías. Descartadas estas y usadas las crónicas y documentos de la época que tratamos, tenemos que retrasar el nacimiento del islam como entidad sólida hasta prácticamente el año 800. Siendo aquel producto final resultante de idas y venidas, revueltas, levantamientos no organizados que después se canalizaron para formar lo que conocemos como califato abbasí. No tenemos que entender el islam como una criatura originada *ex nihilo*, sino como la continuación natural del imperio romano, que en su caída dejó un vacío político pero también una imagen o un horizonte de grandeza a la que aspirar. Del mismo modo que Carlomagno y Alfredo el Grande son los intentos europeos por crear una estructura estatal sólida que emulase aquella gloria perdida del pasado, Roma, así también Bagdad es esa misma tentativa pero en el Mediterráneo oriental. Pues bien, de ese mismo modo, concibe Emilio González Ferrín, debemos entender Al Ándalus.

En esa época caótica que va desde las muestras de impotencia del imperio romano a principios del siglo quinto hasta el establecimiento, con desigual éxito, de entidades políticas sólidas a finales del octavo, median unos cuatrocientos años de caos, movimientos, luchas de poderes, donde Persia y Bizancio ceden por agotamiento ante un mundo que se les viene encima. Lo que llamamos conquista o invasión no es sino la lectura retrospectiva de aquellas revueltas, de esos caóticos movimientos, de la que nos hablan las crónicas, crónicas, que por cierto, ha trabajado el autor con singular lucidez, siguiendo el espíritu crítico de autores de la talla de Wansbrough o Wickham.

Cuando contamos la película habiendo visto el final, todo nos parece que apunta al clímax, pero esa manera de *contar* la película viola lo que sucede en la película y lo que la hace funcionar, a saber, que uno no sabe lo que va a pasar, y eso es precisamente lo que mantiene el pulso y la tensión. Los historiadores cometen a veces este error, es decir: leer los hechos históricos como obedeciendo a un final que ya conocen. González Ferrín denuncia este tipo de lecturas especialmente en el modo en que son leídas las crónicas de esa época oscura entre el 400 y el 800: como queríamos ver allí ya el islam, hemos traducido una innumerable variedad de tribus, sectas y movimientos de población como *musulmanes*, porque como sabemos que la película acaba de una cierta manera, queremos ver el final en el principio. El islam es la consecuencia de esos movimientos, no la causa de los mismos. Del caos se va consolidando un orden por decantación y redcantación, el orden no llega por arte de magia un día. Y lo mismo que del caos que había en Francia surge un imperio carolingio, después de

muchos movimientos e intentos que abarcan desde la llegada de los francos, la expulsión de los hunos y el repliegue de la autoridad romana, las luchas entre las propias tribus que entraron y un largo etcétera (es decir, que Carlomagno no llega en una nave), lo mismo sucedió en Oriente Medio y lo mismo sucederá en España con Al Ándalus, donde del perpetuo caos e inestabilidad acabará surgiendo un cuerpo político producto de muchas decantaciones, y no obra de «caballerías milagrosas».

En las clases de dirección de cine suele decirse lo siguiente: cada secuencia debería contener una imagen cuya acción defina la esencia de la acción de dicha secuencia, y dicha imagen debería ser poderosísima; a su vez, la esencia de toda la película debería caber en una única secuencia, una única imagen que defina la misma y se quede grabada en la pupila del espectador. ¿Cuál es esa imagen en el libro? ¿cuál es la secuencia clave de este muy singular ensayo? Pues no precisamente el contenido mismo de su lucha (defender la no conquista). El lector, obviamente, jamás olvidará que leyó un libro que defendía semejante hipótesis, y la historia acabará juzgando a Emilio González Ferrín para colgarle la etiqueta de «el que defendía la no-conquista». Pero cualquier lector que haya entendido su obra, en especial esta, verá que por lo que verdaderamente hay que recordar este libro, lo que de verdad constituye esa secuencia inolvidable, esa poderosa acción, es su manera de aproximarse a los problemas, y no el resultado concreto de sus investigaciones. Uno puede ver en el texto que su autor está abierto a nuevas hipótesis, que no da las cosas por cerradas, sino en progreso. Es un autor que quiere hacernos entender que no entendemos el islam de manera adecuada porque el mismo lenguaje en el que lo abarcamos como fenómeno ya llama a la confusión (llamando a una misma cosa lo que son tres: una religión, un marco cultural o *koiné* que tuvo una vida concreta, y un islam contemporáneo). Lo que se grabará en la pupila del lector es el literal escepticismo del autor, en el sentido de que *sigue mirando*, no quiere dar soluciones definitivas y cerrar capítulo, sino revisar constantemente, dejar abierto el asunto. Se recordará este libro por el mundo de fronteras permeables, donde lo islámico, lo judío y lo cristiano surgen de un magma único medio-oriental que se va definiendo con el tiempo, no de un acto singular mágico narrado conociendo ya el final de la historia. Y como decía antes, se recordará este libro por usar un *nuestro* y un *nosotros* a la hora de hablar del legado cultural de Al Ándalus.

En definitiva, un libro que, frente a la cantidad de textos que se publiquen por mera necesidad de los autores de hacer currículum, tiene algo que decir

NOTA ACLARATORIA

El consejo de redacción de Thémata desea hacer constar que el autor Pablo Fernández Rojas ha solicitado que el artículo publicado en el número 51 de la revista sea citado de esta manera:

Rojas, P. F. (2015). “Normatividad, conocimiento y agencia en el arte de la dirección de orquesta. Un ensayo wittgensteiniano contra el dogma de una técnica directorial unívoca”, *Thémata. Revista de Filosofía*, 51, 169-188.

